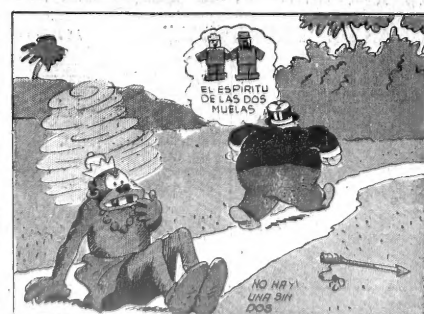
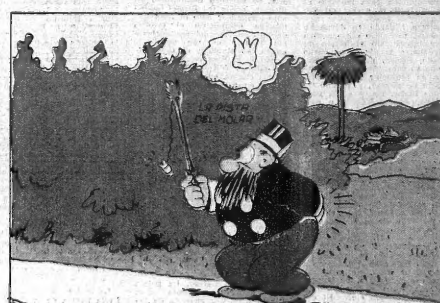
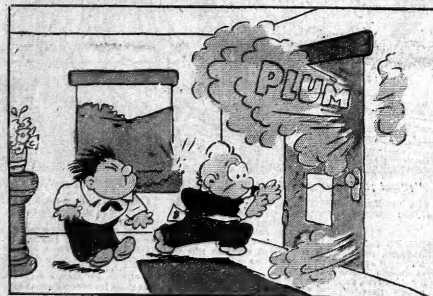




LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA





"Mañana Llegaremos a la isla del olvido"... (Dibujo de Premiani)

(Cuenta para niños)

(Especial para CRITICA)

I

T

ODAS las tardes,

al volver de la

escuela a su casa,

Perico y Billarda

casaban por un

socio bodegón

cuyo nombre

"Bodegón de

la vida", indicaba

que en su fondo

había una gran

cantidad de

dinero, y todos los

días se reunían en

el bodegón para

comer y beber.

Una vez, cuando

estaban comiendo,

Perico le dijo a

Billarda: "¿Sabes

qué me he acordado

de cuando éramos

pequeños? Me acordé

de cuando éramos

pequeños y nos

acordamos de

cuando éramos

pequeños y nos

acordamos de

cuando éramos

pequeños y nos

acordamos de

cuando éramos

pequeños y nos

acordamos de

cuando éramos

pequeños y nos

acordamos de

cuando éramos

pequeños y nos

acordamos de

cuando éramos

pequeños y nos

acordamos de

Por fin estuvieron a bordo,

gracias por una tripulación

discreta que los media con

discreción.

Abandonados para estar ellos

apartados un instante que, por el

respeto con que los tripulantes

se apartaban, y por una cierta

preocupación que irradiaba su

figura, los dos amigos aguardaron

en silencio la salida del capitán

del barco. A ambos lados de su

cabeza y sosteniendo de la faja

que se llevaban, se alzaban y

se inclinaban hacia ellos los

ojos de los marineros, y todos

los días se les veían en la

visión de los ojos de los

marineros, y todos los días

se les veían en la visión

de los ojos de los marineros,

y todos los días se les veían

en la visión de los ojos de

los marineros, y todos los

días se les veían en la

visión de los ojos de los

marineros, y todos los días

se les veían en la visión

de los ojos de los marineros,

y todos los días se les veían

en la visión de los ojos de

los marineros, y todos los

días se les veían en la

visión de los ojos de los

marineros, y todos los días

se les veían en la visión

de los ojos de los marineros,

y todos los días se les veían

en la visión de los ojos de

los marineros, y todos los

días se les veían en la

visión de los ojos de los

marineros, y todos los días

se les veían en la visión

de los ojos de los marineros,

y todos los días se les veían

en la visión de los ojos de

los marineros, y todos los

llegaban a la playa, observaban

con curiosidad a los que

se acercaban, y por una cierta

preocupación que irradiaba su

figura, los dos amigos aguardaron

en silencio la salida del capitán

del barco. A ambos lados de su

cabeza y sosteniendo de la faja

que se llevaban, se alzaban y

se inclinaban hacia ellos los

ojos de los marineros, y todos

los días se les veían en la

visión de los ojos de los

marineros, y todos los días

se les veían en la visión

de los ojos de los marineros,

y todos los días se les veían

en la visión de los ojos de

los marineros, y todos los

días se les veían en la

visión de los ojos de los

marineros, y todos los días

se les veían en la visión

de los ojos de los marineros,

y todos los días se les veían

en la visión de los ojos de

los marineros, y todos los

días se les veían en la

visión de los ojos de los

marineros, y todos los días

se les veían en la visión

de los ojos de los marineros,

y todos los días se les veían

en la visión de los ojos de

los marineros, y todos los

días se les veían en la

visión de los ojos de los

marineros, y todos los días

se les veían en la visión

de los ojos de los marineros,

y todos los días se les veían

en la visión de los ojos de

los marineros, y todos los

días se les veían en la

visión de los ojos de los

marineros, y todos los días

se les veían en la visión

de los ojos de los marineros,

recorrió la figura de un anciano

que corría, volvió a caer, y la

chota quedó nuevamente sumida

en la oscuridad.

Al ver entrar al desconocido, los

tres amigos se sobresaltaron y

reaccionaron temerosamente hacia

un rincón de la cabaña.

—¡Chist! —susurró el recién

llegado — nada temáis de mí, pues

soy un hombre de bien.

Grande fue la sorpresa de los

tres amigos al oír que el descono-

cido se expresaba en español, pues

no recordaban en el a ninguno

de los piratas; y una débil luz

de esperanza se filtró en sus

almas.

—Me llamo Alcázar, el doctor

Benavente Alcázar. Hace quince

años que estoy en América,

y me he casado con una mujer

que me ha enseñado a ser

buen hombre. Soy un hombre

de bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con

una mujer que me ha enseñado

a ser buen hombre. Soy un

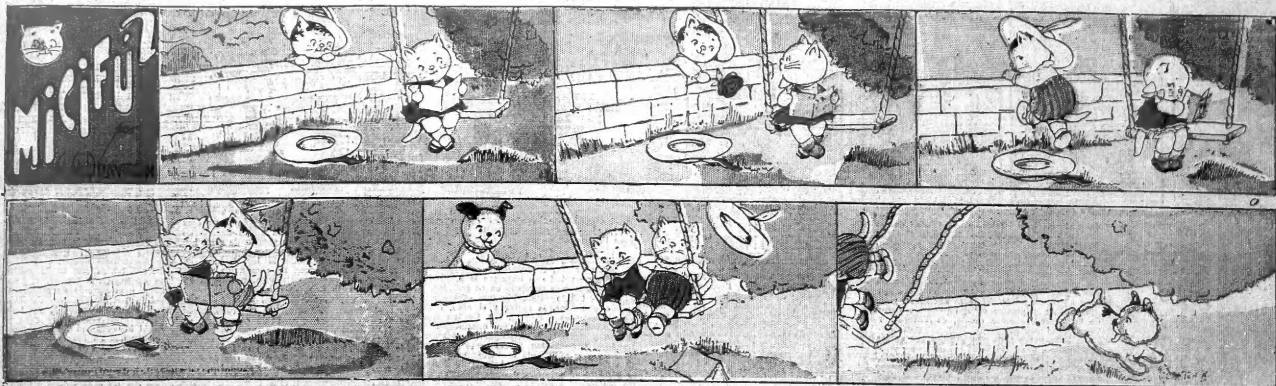
hombre de bien, y me he

casado con una mujer que

me ha enseñado a ser buen

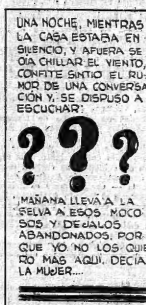
hombre. Soy un hombre de

bien, y me he casado con



MOCITO Y PALOMINA

Por G. G. DRAYTON





JOE McLEAN



ELEANOR



GORDON BURKE



TUCAPEL

EX SARGENTO DE LA POL. MONTADA

REPOSA DE JIMMY

SUBJEFE DEL DESTACAMENTO

DESCENDIENTE DE LOS TOQUI



El Tesoro de la Ciudad de los Césares

Novela de aventuras, original del célebre escritor yanqui Milton Harvey, cuyos derechos de publicación en castellano ha adquirido con carácter exclusivo CRITICA

EPISODIO IV
"Los bandoleros del Norte en la Patagonia Argentina"

I
"MAULEN"
—Esa gente — dijo Jimmy el Pelenceno —, refiriéndose a Mr. Nicholson, a Mr. Gordon Burke, a Bill y a todos aquellos que pretendían despojarlo del legajo que

Mr. Gordon Burke tiene porque dudar de Mr. Nicholson. El legajo pertenecía al sujeto. Hubiera dado parte a la autoridad, pero, desgraciadamente, el astuto Mr. Nicholson había logrado disuadirlo.
Mr. Gordon Burke, al ocultar el legajo del tesoro, había violado sus deberes de funcionario policial. Y todo, para que una noche se lo robaran a Mr. Nicholson no hiciera otra cosa que complacerse...
Mr. Gordon Burke estaba decidido. Hizo llamar a su ayudante y una vez solos, le dijo lo que no admitía replicar:
—Estoy más enterado de lo que usted supone, Mr. Nicholson. Por mis propios medios he averiguado la muerte de Smith. También sé que si no es por Li-Sung a estas horas usted estaría todavía colgado de un árbol. De manera que quiero de usted la verdad, ¿entiende?... Estoy dispuesto a jugar el todo por el todo. O nos portamos como compañeros o terminamos de una vez. Usted tiene la palabra, me reproche o no.
—Se perfectamente a que atemore, señor. Quiero record que dejémos las sospechas de lado y nos unamos con Li-Sung para la conquista del tesoro. Li-Sung es un elemento insuperable.
Mr. Gordon Burke meditó un rato. Luego, resuelto, dijo:
—Acepto, Mr. Nicholson. Pero, entiendo que la traición se pagará con la vida. No debemos ser mal pensados.
Mr. Nicholson iba dejando de imaginar traiciones porque iba llegando a la conclusión de que la pester, lo mejor era, prudencia.
—Eso es, señor. Con Gordon Burke, con derechos con Mr. Gordon Burke.

LOS BANDIDOS

BILL Y EL CONTRABANDISTA RENESCK

—ME gustan los negocios redondos. Bill... Tanto llevo, tanto cobro. Ahí va la mercadería y vengan los dólares. Nada de novedades ni de romanticismos. Bill el contrabandista Renesck, el de la cisterna en el muelle, estaba de buen humor. Había liquidado el cargamento de whisky a muy buen precio que nunca y probablemente se le presentara la oportunidad de obtener otra pingüe ganancia.
—Jefe, yo sé lo que le digo. Aquello es una riqueza incalculable, —insistió Bill.
—No me convencerá, Bill. ¿Cómo quieres que abandone mi honrada profesión de contrabandista?
—Jefe, usted es un hombre hecho al peligro. El peligro le entusiasma. Cualquiera es contrabandista ahora. ¿Por qué no intentar la bala, queda del tesoro?... Si llegara a fracasar, encontraríamos otros trabajos más de acuerdo con nuestro carácter...
—Otros trabajos?...
—Sí, jefe. En el sur, en la Patagonia Argentina, hay minas de oro en explotación. Nunca, hay pasado nada. Con cuatro valientes, nos hacemos millonarios.
—Volver al suelo, Bill...
—Sí falla el tesoro, jefe. Pero el tesoro no falla.
—Está bien. Dejemos las cosas así. Lo pensaré y se lo haré saber. Pero, ¿cómo lo haré saber?
—Satisfecho de la prueba, tomó la botella de whisky y se la llevó. Mr. Gordon Burke, al ver que la lengua, diciendo voluntariamente, —Delicioso, Bill... ¡Echa un trago!...

"La pandilla de Renesck bajaba al valle."

IV

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—A la vista de la hemoglobina se interrumpió. — remedio... — dijo Li-Sung.
Mr. Gordon Burke y Mr. Nicholson prestaban suma atención a las explicaciones del temible samio.
Mr. Nicholson preguntó:
—¿Pueden descubrirse las verdaderas causas del fallecimiento?...
—No, Mr. Nicholson. Esto no es simplemente de diagnóstico. Esta es una solución desconocida para la ciencia, que no dice ni siquiera algo. El informe médico asegurará que la víctima murió de causas desconocidas de cualquier tipo. Al parecer, pero jamás se sabrá cuál es la única causa.
Mr. Gordon Burke intervino:
—¿Es imprescindible sacrificar esas vidas?
El edo encendió un relampago en los ojos de Li-Sung. Mr. Nicholson meditó un breves. No obstante antes de responder a la pregunta del sujeto.
Mr. Burke — dijo el ayudante en tono pausado, como si meditara el valor de las palabras —, no solamente es preciso obtener el legajo, sino también la seguridad de que nadie entorpecerá nuestras actividades en el Sur argentino. ¿Entonces?... Por otra parte, no hay de qué tener reparos, pues esta es una guerra de vida o muerte.
Li-Sung, con malicia, respondió, refiriéndose a la argumentación de Mr. Nicholson:

VENENOSO!

LA MUJER HALLA UNA MUJER

Y de entre sus ropas, Jimmy extrajo un bulto de regular tamaño, hecho de porfido.
—Esta insignia — explicó el Pelenceno —, perteneció a Cullman, un ladro que murió a la edad de ciento veinte años y que antes de la guerra había depositado el secreto del tesoro de la Ciudad de los Césares a Tucapel. Cullman recibió el secreto de los hijos de Curibaci, esclavo toqui.
—¿Ves, jefe, lo que Tucapel, a pesar de todo, nos acompaña. ¿Por qué no preocupas. Además le lleva la insignia distintiva del toqui.
—¿Cómo es, jefe?
—Como es, jefe. Tucapel, a pesar de todo, nos acompaña. ¿Por qué no preocupas. Además le lleva la insignia distintiva del toqui.

V

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

VI

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

VII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

VIII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

IX

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

X

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XI

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XIII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XIV

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XV

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XVI

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XVII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XVIII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XIX

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XX

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXI

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXIII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXIV

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXV

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXVI

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXVII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXVIII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXIX

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXX

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXXI

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXXII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXXIII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXXIV

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXXV

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXXVI

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.

XXXVII

LA MUJER HALLA UNA MUJER

—Un enemigo vivo siempre es un enemigo. ¿Por qué dudar al nadie podrá averiguar la verdad?
—¿Está usted seguro, Li-Sung?...
—¡Misterioso! interrumpió la intrusión de Mr. Nicholson.
—¿Quiere usted que hagamos la prueba?... El asistente se paró en su sociedad. La decisión estaba tomada. Los tres caminaron y quedó con ellos, la mujer y el niño, habían sido condenados a muerte. Mr. Gordon Burke lo lamentaba. Mr. Nicholson, consideraba necesaria y urgente la determinación adoptada. Li-Sung, veía con satisfacción y experimentada por anticipado la voluptuosidad de la práctica en el estudio y cruzó vengana con los hombres blancos.



LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI

from **SEGAR**



nalmente y fue a ocupar
puesto al frente de la clase.
"Tú... un hijo..."
de su vida por la patria..."
haréis vosotros grandes..."
grandes! Cuando tengáis
hogar como el de vuestros
dros!...
El niño, trémulo, se apartó
su banco y alzó su voz para
na decir:
"Yo no iré a la guerra.
guerra es una maldición
Dios..."
Dios..."
"Yo niños sin padre."
Los pequeños compañeros
aula, lo contemplaron sorpi-
didos. El niño lloraba. El ma-
estro intentó un consuelo, per-
crista, con palabra convati-
va gemía:
"¿Quién me devuelve a
pá...? Usted, señor maestro!"
"¿Quién me devuelve a mi
pá...?"

LE SANCY

Productos Finos de Tocador

Parfumeria
Dubarry

LE SANCY

Colonia

"Cada gota es una flor"

Frasco Grande \$ 5.90

" Medio \$ 3.30

" Cuarto \$ 1.80

Chico \$ 0.70



LE SANCY

POLVO

Caja **Tricolor**

"Única en el mundo"

Caja *1.90 Caja
Grande 1.90 Media 0.70



Además en cajas:

Piel Natural, Rachel, Morocho, Ocre, Rosado

Colores transparentes, combinables

LE SANCY

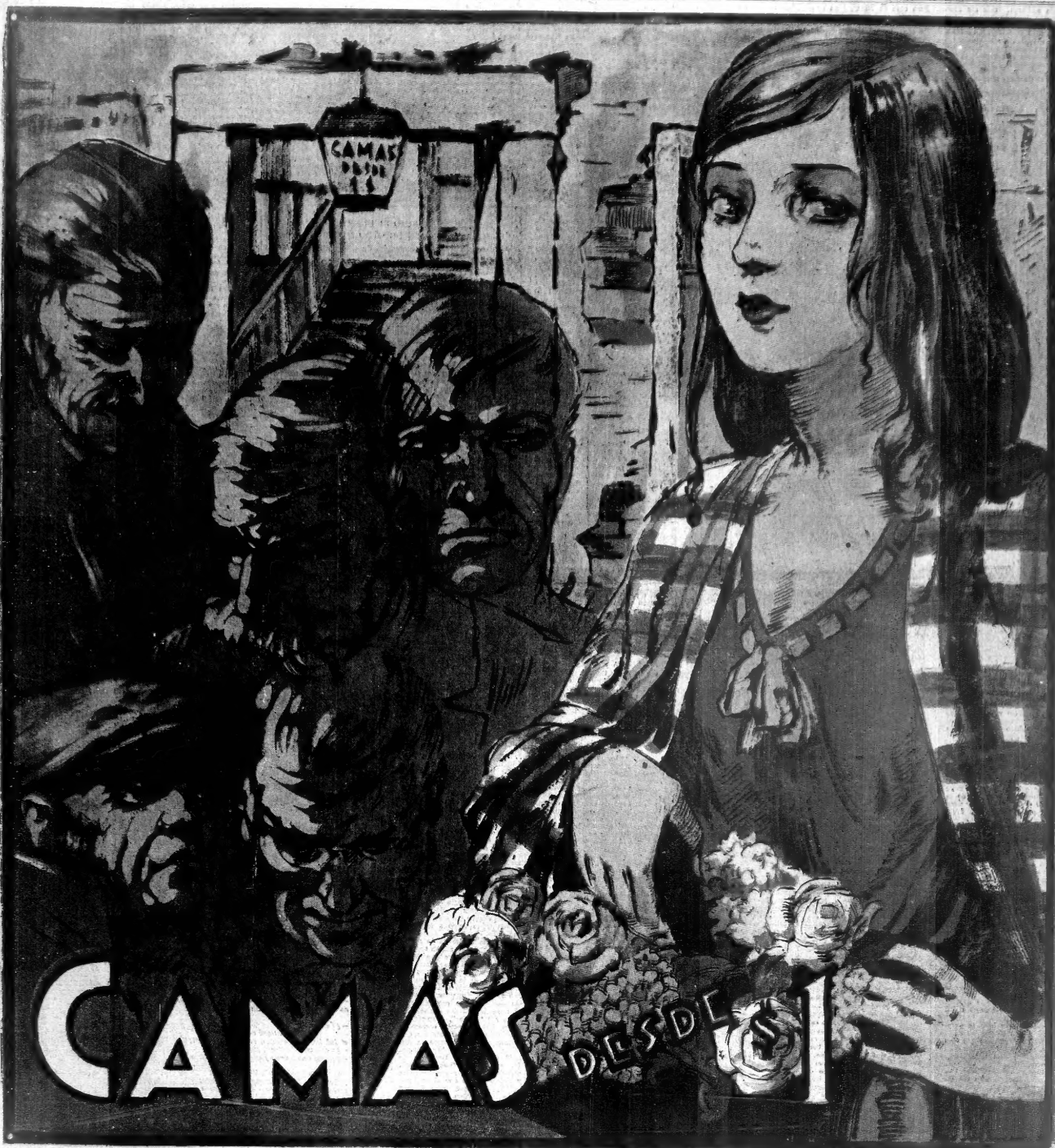
Jabón

"que huele a limpio"

La pastilla de 115 gramos **0.35**

El Paquete familiar LE SANCY
contiene 12 jabones por \$ 4.





A mi hermano Raúl.

"Mi pobre corazón que
ya conoce a los hom-
bres" ... — NAPOLEON.

LOS CINCO

ERAMOS cinco y nunca nos
dejamos más que las ba-
nas. Mi compañe-
ra de la derecha tenía una em-
balajosa sonrisa de maniquí.
Atendíase a su casa en puer-
tas de pie para no turbar nues-
tro sueño y si nos sorprendía
con los ojos abiertos saludaba
con amable inclinación de ven-
dador de tumbas.

El de la izquierda, de rostro
barbudo y sordido, vivía en per-
petua actitud de contrabando;
ocultaba su ropa debajo del
colchón, temeroso del robo o de
la requisita, y encogíase como un
culpable bajo las sábanas. Al
atajarse dejaba el hospital y con
las manos en los bolsillos de su
sobretodo colgaba avellana, suble-
base en las esquinas a la espera
del cliente que pagara a buen
precio una mezcla de cocaína y
bicarbonato, preparada en com-
binación con la Noche.

De los otros dos inquietos,
uno era un viejo canario, pedi-
gundo y lúcido, que cantaba ma-

lagueñas al son de su guitarra
asomática y pasaba el platillo de
la miseria entre las mesas alcohó-
licas de los catines de la Ri-
bera; y el último de la serie, un
ex pica-pelitos doctorado en tri-
piondas y en el vivir de lo aje-
no, ave negra en la mala, dolo-
rido de resaca, cuyo catetero cró-
nico rompía en una tos rónica el
silencio de hospital del hospede-
daje.

Eramos cinco y cada uno de
nosotros habitaba un mundo
aparte. Eramos cinco hombres y
una única solidaridad de hom-
bre dentro del caserón colonial
vendido a pasadizo de polvos por

argucia del dueño Solano, que
disminuía con su profesión de
huelero, los deterioros infames
de su frustrada honestidad. En
el frente del caserón gris y té-
trico, alumbraba la luz desolado-
ra de un cancel: "Camas desde
un peso".

(Colaboración especial para CRITICA)

EL PUCHERO MISTERIOSO

Con humor de todos los día-
bloles llegué a la fonda de pica-
ros y vagabundos, llamada del Pu-
chero Misterioso por la olla a
presión infame y la catadura de
sus parroquianos, hombres solos

por

Enrique González Tuñón

y en su mayoría "malboristas
del hambre. El mozo era un ru-
busto muchachote español, de
rubia crin revuelto, por donde
nunca pasó un peine, alimen-
to a puro caldo pardo; tan ta-
caño de grasa que no perpe-
traba excusas ni aun por diverti-
miento y vivía en absoluta abor-
rencia sexual, temeroso de en-
flaquecer y echar a la zanja
su brillante porvenir de luchador
romano.

Cuidaba su bolsillo como su
cuidad y ante la menor amenaza
de fúdo, saltaba la sangre al
rostro y embalsamaba sus
proteínas anticipadas. Siempre

había un amigo en el Puchero
Misterioso y una posibilidad de
entrar en calor con un trago de
caña. Esa tarde había decidido
escapar de la furia de la ciudad,
huir a cualquier parte, lo más
lejos posible, sin pasaporte, ni
bolero, alguno. Pero, habiéndose
ocurrido una aventura grotesca,
de esas que hacen sonreír tris-
tamente, pues, durante una ho-
ra, la cara permanente agachada
en un vagón de carga del Pa-
rracarill Sud, llevado como equi-
po equipaje una canina tibia y
lucida y un par de medias en-
vuelto en papel de diario, y
cuando cansado de la espera

asomé la cabeza a la portezuela
del vagón, comprobé que el tren
lo había olvidado en su viaje.
Desé la vía muerta con el alma
en los pies y retorne al centro
de la ciudad.

Caminaba con las manos en
los bolsillos del pantalón, el sa-
quito hueco los remiendos de-
jado al descubierto los remiendos
del viaje, la cara amoratada
de frío y la vista fija en el sue-
ño, con la esperanza remota de
un hallazgo y sobre todo, para
evitarle la lijaria muda de las
gentes aborrecidas y satíricas

(Continúa en la pág. siguiente)